

Conversación 28
EL MUSEO DE LOS DESPOJOS

Estambul, 8 de marzo.

Un estimado sacerdote maronita al que conocí pocos días antes y que me demuestra sincero aprecio, me dijo hoy por la mañana

- Ya ha visto todas las maravillas que es obligatorio ver en Constantinopla, desde Santa Sofía hasta el Gran Bazar. Pero no ha visto aún la curiosidad más curiosa de esta sorprendente Bizancio: el Museo de los Despojos.

- Jamás oí hablar de él.

-¿Está libre? Podemos ir en seguida. El propietario del museo, Muzafer, es amigo mío. - Vayamos.

Ya en una de las más viejas y tortuosas calles del sector imperial, el buen maronita me hizo entrar por una puertecita que conducía a un hermoso patio, en el que una fuente cantarina ponía una nota de alegría. Pocos momentos después bajó el dueño de la casa, un turco venerable, vestido al estilo antiguo, corpulento y obsequioso, que en seguida nos acompañó para visitar su pequeño pero singular museo.

- El amigo Muzafer, dijo el buen sacerdote, ha querido reunir aquí aquellos complementos de la vida que los hombres, habitualmente, descartan o desdeñan.

En la primera sala se veían expuestos en cajas o estuches de buen gusto lentes de todas formas y colores, viejos espejuelos con aros de hierro o de cuerno, algunos empañados, polvorientos, estriadas de trizaduras.

Junto a las lentes se veían ojos de vidrio, celestes y castaños, que mostraban una mirada inmóvil y siniestra.

Luego se veía una rica colección de dentaduras y dientes, con agarraderas de oro viejo y paladares de gutapercha que parecían arrancados a calaveras de mandíbulas rechinantes.

Venían luego las pelucas, de hombre y de mujer, negras como cepillos de lustrar zapatos, rubias como sobrantes de panojas, blancas con una blancura sucia y amarillenta, semejantes a colas recortadas de caballos decrepitos, casi todas carcomidas y excoriadas, míseros trofeos de difuntas coqueterías.

En otra sala, se exhibían hileras de senos de goma, de ventreras elásticas, de cintos para herniados, untuosos y descortezados. En una vitrina grande estaban alineadas muletas de todas las formas y tamaños, manos artificiales, brazos mecánicos, piernas ortopédicas, costillas de cuero y de metal para paralíticos.

En una tercera salita vimos un casquete de plata que había formado parte de un cráneo, también un riñón postizo, un canuto que había servido de tráquea, narices de cera y un *phallos* muy bien imitado. Muzafer nos acompañaba, pero sin decir palabra. Se contentaba con extender su carnosa mano hacia los objetos que le parecían más notables. Pero todos aquellos despojos me parecían más repugnantes que curiosos.

Finalmente salimos de allí. El sacerdote maronita había notado mi desilusión, y me habló así:

- Si el Museo de los Despojos no le ha satisfecho, la culpa es suya. Usted no está acostumbrado a la meditación cristiana acerca de la caducidad de la vida y la victoria de la muerte. Esos pobres restos, testimonios de imperfecciones y desventuras humanas, pueden inspirar pensamientos saludables parecidos a los que los antiguos eremitas lograban en la contemplación de una calavera, y tal vez hasta más profundos, puesto que más dolorosos, dado que la calavera es siempre obra arquitectónica y divina, mientras que los adminículos recién vistos son sucedáneos

desmañados y tristes que fabrica el ser humano para atenuar u ocultar sus miserias corporales, y sin lograr siempre ese objetivo. Por mi parte, voy frecuentemente al Museo de mi amigo Muzafer, y me sirve como escenario de ejercicios espirituales, me enseña humildad y resignación, me recuerda lo que mentaba un poeta italiano: «La infinita vanidad de todo».